

AL OTRO LADO DE LAS GANAS.

Existe un mundo, un mundo en el que la esperanza está perdida, las calles son oscuras y sin vida, las sonrisas esconden tristeza y los ojos no tienen brillo. Un mundo en el que la rendición es la norma y la curiosidad parece ser pecado. Un mundo sin amor, sin abrazos, sin besos, sin cariño. Un mundo perdido en la oscuridad de la tristeza, y en el que ni mil velas podrían alumbrarlo.

La ambición parece estar perdida, el afecto enterrado y la perseverancia esfumada. El mundo de los libros parece estar extraviado, los niños van a la escuela para aprobar las materias, los profesores para ganar un sueldo que les servirá para mantenerse en una vida sin esperanzas.

Dyana siempre fue diferente, desde pequeña quiso llegar a lo más alto, ayudar a los enfermos, devolver la alegría a las calles e iluminar las caras de todos. Llegaba a la escuela cantando canciones inventadas, hacía favores a los demás e intentaba mostrar cariño donde no lo había. Claro que ser diferente siempre parece estar mal en cualquier sociedad, y todos la miraban mal, la dejaban sola, la menospreciaban.

En casa no era diferente: su madre jamás le expresó un “te quiero”, su padre se pasaba los días trabajando, y Dyana llegó a sospechar que tenía otra vida fuera de casa. Y su abuela... se consumía poco a poco, sus manos eran temblorosas, su memoria tan escasa, esa mirada vacía...

Por lo que Dyana sabía, su abuela llegó a ser como ella, con la alegría presente en todos sus actos, con la mirada iluminada y la esperanza a flor de piel, pero el tiempo la había desgastado, los recuerdos se esfumaron al igual que lo hizo su ambición. Había algo que su abuela y ella compartían desde que Dyana era pequeña: un libro, escrito por su abuela en su juventud. Estaba desgastado y sucio, pero a Dyana le encantaba leer y releer ese libro. Cuando era pequeña, su abuela era quien se lo leía a Dyana, pero desde hacía unos años, se habían cambiado el trabajo y ahora Dyana se lo leía a ella, cada tarde.

Un día lluvioso, al llegar del instituto, Dyana fue a la gris habitación de su abuela. Y allí estaba ella, aparentemente dormida, aunque realmente su corazón ya no funcionaba y su espíritu ya no estaba allí.

Dyana cayó en una gran depresión de la que pensaba que jamás saldría. Ya no cantaba, ya no reía, ya no ayudaba, ya no abrazaba, ya no vivía.

Estaba tan sumergida en la oscuridad de la tristeza, que incluso abandonó su lectura del libro.

Cuando dejó el libro, aún no sabía que su vida iba a cambiar tanto.

No quería ver a nadie ni hablar con nadie, simplemente se limitaba a ver con una mirada perdida como pasaban los minutos, las horas, los días.

En un arrebató de melancolía, fue a volver a leer el libro, con mucho dolor. Al abrirlo, vió la foto que había dentro de él, en la que estaba ella encima del regazo de su abuela, tan alegre y sonriente.

Mientras la veía pronunció las palabras “te echo de menos abuela”, sintiendo en su interior dardos disparando y la vista se le distorsionó al sentir las lágrimas que llenaban sus ojos. Se sentó en el apacible mecedor de su abuela, y se tapó con la manta que le regaló por su cumpleaños hacía unos años, que aún parecía oler a ella. Leía sin sentir ni un rayito de cansancio, y cuando acabó el libro, o al menos eso pensaba ella, porque como si fuese por arte de magia, el libro tenía muchas hojas más, pero estaban en blanco excepto una en la que estaban escritas las palabras: “*escribe tu propia historia*”.

Dyana alzó la vista y allí vió a su abuela, sonriente y alegre, con los ojos brillosos y la cara iluminada.

- Abuela... - dijo Dyana con un hilo de voz y se abalanzó hacia ella dándole un abrazo lleno de amor y tristeza.
- Dyana tienes que pasar página... y empezar a escribir tu propia historia - dijo la abuela acariciándole el pelo y devolviéndole el abrazo.

La habitación gris se desvaneció y Dyana amaneció en su cama, a las siete de la mañana, a tiempo para prepararse para ir al instituto. Por dentro estaba rota, desganada, sin esperanzas, pero tuvo que levantarse para no ahogarse en la oscuridad que cubría su ciudad.